

sé lo que pasaba en la torre del Temple cuando cebaban á Luis XVI, tanto, que solo en el mes de Setiembre, el lobo, la loba y los lobeznos se comieron ochenta y seis cestas de melocotones, mientras el pueblo se moría de hambre. Sé eso, como sé que Roland estuvo oculto en un aposento que daba á un corral de la calle de la Harpe; como sé que seiscientas picas de las del 14 de Julio las fabricó Faure, cerrajero del duque de Orleans; como sé lo que se hace en casa de la Saint-Hilaire, querida de Sillery. En los días de baile, el viejo Sillery en persona frota con greda las baldosas del salon amarillo de la calle de Neuve-des-Maturins; allí comían antes Buzot y Kersaint; allí comió Saladin el 27 con vuestro amigo Lasource, Robespierre.

—Habladurías! murmuró Robespierre; Lasource no es amigo mio. Despues añadió:

—Entre tanto hay en Lóndres diez y ocho fábricas de asignados falsos.

Marat continuó hablando con voz tranquila, pero con ligero temblor, que era espantoso:

—Vosotros sois la faccion de los importantes; lo sé todo, á pesar de lo que Saint-Just llama el *silencio de Estado*.

Marat recalcó estas palabras, mirando á Robespierre, y prosiguió:

—Sé lo que se dice en vuestra mesa los días que Sebas invita á David á disfrutar de la comida condimentada por su prometida Isabel Duplay, vuestra futura cuñada, Robespierre. Yo soy el ojo inmenso del pueblo y todo lo observo desde la oscuridad de mi cueva. Miro, veo, oigo y sé. Me admira que os satisfagan las cosas pequeñas. Hacedis que os contemple madame de Chalabre, hija del marqués de Chalabré, que jugó una partida de whist con Luis XV el día de la ejecucion de Damiens. Llevais erguida la frente todos vosotros; Saint-Just vive dentro de su corbata; Legendre viste con pulcritud, con levita nueva, chaleco blanco y una guirindola, para que olviden su delantal; Robespierre se imagina que la historia tendrá satisfaccion en saber que llevaba redingote de color de aceituna en la Constituyente y casa-ca azul en la Convencion. Tiene su retrato en todas las paredes de su cuarto...

Robespierre interrumpió á Marat con voz más tranquila que la de éste:

—Y vos teneis el vuestro, Marat, en todos los lupanares.

Continuaron así una conversacion en

la que la lentitud acentuaba la violencia de las réplicas y de las respuestas y añadía algo de ironía á la amenaza.

—Robespierre, habeis llamado *Don Quijotes del género humano* á los que trabajan por la caída de los tronos.

—Y vos, Marat, despues del 4 de Agosto, en el núm. 559 del *Amigo del Pueblo* pedisteis que se devuelvan los títulos á los nobles, diciendo: *El duque siempre será duque*.

—Robespierre, en la sesion del 2 de Diciembre defendisteis á la esposa de Roland contra Viard.

—Como mi hermano os defendió á vos cuando os atacaron los jacobinos. ¿Qué prueba eso? Nada.

—Sabemos, Robespierre, en qué gabinete de las Tullerías dijisteis á Garat: *Estoy cansado de revolucion*.

—Marat, en este mismo café, el 29 de Octubre abrazásteis á Barbaroux.

—Vos, Robespierre, habeis dicho á Buzot: *La República! ¿qué es la República?*

—En este mismo café, Marat, convidásteis á almorzar á tres marseleses por compañía.

—Hicisteis que os escoltara un maton del mercado, armado con un garrote.

—Vos, la víspera del 10 de Agosto, suplicásteis á Buzot que os ayudase á huir á Marsella, disfrazado de jokey.

—Os escondisteis durante las justicias de Setiembre, Robespierre.

—Vos, Marat, os mostrásteis en público.

—Robespierre, arrojásteis al suelo el gorro rojo.

—Sí, cuando se lo puso un traidor; lo que adorna á Dumouriez mancha á Robespierre.

—Durante el desfile de los soldados de Chateauvieux no quisisteis cubrir con un velo la cabeza de Luis XVI.

—Hice más que cubrírsele, se la corté, contestó Robespierre.

Danton intervino en este momento, pero como el aceite interviene en el fuego.

—Robespierre, Marat, calmaos, dijo.

—¿Por qué se mete con nosotros Danton? contestó Marat, que no le gustaba que le nombrasen en segundo lugar y volviéndose bruscamente hácia el interpelado.

Danton dió un salto sobre su asiento.

—Por qué me meto? Porque no debe haber fratricidios; porque no deben combatirse dos hombres que sirven al pue-

blo; basta con la guerra extranjera, basta con la guerra civil, y sería demasiado que se encendiese la guerra doméstica: yo hice la revolucion y no quiero que nadie la deshaga; por eso intervengo en vuestra disputa.

Marat respondió sin levantar la voz:

—Más valdria que rindiéseis vuestras cuentas.

—Mis cuentas! gritó Danton; id á pedir las á los desfiladeros de la Argonne, á la Champaña libertada, á la Bélgica conquistada, á los ejércitos, en los que fui cuatro veces á presentar el pecho ante la metralla; id á pedir las á la plaza de la Revolucion, al patíbulo del 21 de Enero, al trono derribado, á la guillotina, esa viuda...

Marat le interrumpió diciendo:

—La guillotina es vírgen; el que se acuesta con ella no la fecunda.

—Qué sabeis vos! yo la fecundaré, replicó Danton.

—Lo veremos, contestó Marat sonriendo.

Danton vió la sonrisa y gritó:

—Marat, sois el hombre que se esconde, mientras que yo soy el hombre que se manifiesta á la luz del sol y ante todos los vientos. Odio la vida del reptil y no quiero ser cucaracha; vos habitais una cueva, yo vivo en la calle; vos no os comunicais con nadie, yo dejo que me vea todo el que pasa y quiera hablarme.

—Danton, contestó Marat cesando de sonreír; rendid cuentas de los treinta y tres mil escudos en dinero contante que Montmorin os pagó en nombre del rey, bajo el pretexto de indemnizaros de la pérdida de vuestro destino de procurador en el Chatelet.

—Fuí de los del 14 de Julio, contestó Danton con altivez.

—Y el guarda-muebles? ¿y los diamantes de la corona?

—He sido de los del 6 de Octubre.

—¿Y los robos de vuestro *alter ego* Lacroix en Bélgica?

—He sido de los del 20 de Junio.

—¿Y los préstamos hechos á la Montansier?

—Excité al pueblo á la vuelta de Varennes.

—¿Y el teatro de la Opera, que se está edificando con el dinero que suministras?

—Yo he armado las secciones de Paris.

—¿Y las cien mil libras de fondos secretos del ministerio de Justicia?

—Yo produje el 10 de Agosto.

—¿Y los dos millones de gastos secretos de la Asamblea, cuya cuarta parte os quedásteis vos?

—Paré al enemigo en su marcha y cerré el paso á los reyes coligados.

—Prostituta! exclamó Marat.

Danton se levantó: estaba espantoso.

—Sí, sí, gritó; soy una mujer pública; he vendido mi cuerpo, pero he salvado al mundo.

Robespierre estaba royéndose las uñas; no podía reír ni sonreír; ni poseía la risa relámpago de Danton, ni la sonrisa punzante de Marat.

Danton añadió:

—Soy como el Océano; tengo mi flujo y mi reflujo; en el mar que está bajo se ven mis escollos, en alta mar se ven mis olas.

—Vuestra espuma, contestó Marat.

—Mi tempestad, replicó Danton.

Al mismo tiempo que Danton, se habia levantado Marat, y entonces estalló su cólera; la culebra se convirtió súbitamente en dragon.

—Ah, Robespierre! Ah, Danton! gritó; no quereis oirme! Pues bien, os digo que estais perdidos. Vuestra política os conduce á un callejon sin salida, á la imposibilidad de ir más lejos, á lograr que se os cierren todas las puertas, menos la del sepulcro.

—Esa es nuestra grandeza, dijo Danton alzando los hombros.

Marat continuó:

—Estáte alerta, Danton. Vergniaud tiene tambien la boca grande, los labios gruesos, y frunce el entrecejo; es tan pecoso de viruelas como Mirabeau y como tú, y no pudo impedir las ocurrencias del 31 de Mayo. ¡Ah, te encoges de hombros! Pues hay veces que el encogerse de hombros produce la caída de la cabeza. Danton, te predigo que tu voz de trueno, tu corbata floja, tus botas altas, tus cenas de confianza y tus bolsillos llenos, todo eso será para Luisita.

Luisita era el mote cariñoso que daba Marat á la guillotina.

—En cuanto á tí, Robespierre, prosiguió Marat, eres moderado, pero eso de nada te servirá. Anda, empólvate, acepillate, haz el faraute, ten muchas camisas, preséntate atildado, planchado y peinado; eso no impedirá que te lleven á la plaza de la Grève. Lee la declaracion de Brunswick, que por eso no dejarán de tratarte como al regicida Damiens.

—Es el eco de Coblenza! dijo entre dientes Robespierre.

—No soy eco de nada y el grito de

todo. Vosotros sois jóvenes aun!... ¿Qué edad tienes, Danton? treinta y cuatro años. Qué edad tienes, Robespierre? treinta y tres años; pues yo he vivido siempre; soy el viejo sufrimiento humano; yo tengo seis mil años.

—Es verdad, replicó Danton; desde hace seis mil años Cain se encerró en su odio como en la piedra: la piedra se rompe, el sapo salta entre los hombres y se llama Marat.

—Danton! gritó el aludido, y lívido resplandor apareció en sus ojos.

—Y bien, qué? le pregunto Danton.

Así hablaban aquellos tres hombres formidables.

III.

Extremecimiento de fibras profundas.

El diálogo tuvo un momento de reposo y los tres titanes volvieron á ensimismarse cada uno en su pensamiento.

Los leones temen á las hidras; Robespierre se quedó muy pálido y Danton muy colorado; ambos se habian extremecido. El relámpago que animara las pupilas leonadas de Marat se habia extinguido; la calma, la calma imperiosa reinaba ya en la fisonomía de aquel hombre, temido entre los temibles.

Danton se sentia vencido, pero no queria rendirse, y renovando la conversacion dijo:

—Marat habla muy alto de dictadura y de unidad, pero él solo sirve para disolver.

Robespierre, abriendo sus delgados labios, añadió:

—Soy de la opinion de Anacarsis Cloots, que dijo:—Ni Roland ni Marat.

—Y yo, respondió Marat, digo:—Ni Danton ni Robespierre.—Miró á los dos fijamente y añadió:

—Permitidme que os dé un consejo. Danton, ya que estais enamorado y pensais volveros á casar, retiraos de la política y sed prudente.

Retrocedió hácia la puerta para salir y les hizo este saludo siniestro:

—Adios para siempre, señores.

Danton y Robespierre se extremecieron.

En aquel momento se oyó una voz en el fondo de la sala que dijo:

—No tienes razon, Marat.

Los tres volvieron la cabeza. Durante la explosion de Marat, y sin apercibirse de ello, un hombre entró por la puerta del fondo.

—Eres tú, ciudadano Cimourdain? exclamó Marat. Buenos dias.

Era, en efecto, Cimourdain.

—Repito que no tienes razon, Marat.

Marat se puso verde, que era su modo de palidecer.

Cimourdain añadió:

—Tú eres útil, pero Robespierre y Danton son necesarios. ¿Por qué los amenazas? Union, ciudadanos, union, que el pueblo quiere que esteis unidos.

La entrada de este republicano hizo el efecto de un chorro de agua fria y apaciguó, si no el fondo, á lo menos la superficie.

Cimourdain avanzó hasta la mesa. Danton y Robespierre le conocian por haberse significado varias veces en las tribunas públicas de la Convencion como hombre influyente, al que saludaba el pueblo. Robespierre, sin embargo, que era formalista, preguntó:

—Ciudadano, ¿cómo habeis entrado aquí?

—Pertenece al Obispado, respondió Marat, con acento que denotaba cierta sumision.

Marat desafiaba á la Convencion, dirigia el Municipio y temia al Obispado. Tal es la ley histórica. Mirabeau siente removerse á Robespierre en profundidad desconocida; Robespierre siente removerse á Marat; Marat siente bullir bajo sus piés á Hébert; Hébert siente á Babeuf. Mientras las capas subterráneas permanecen tranquilas, el hombre político puede marchar; pero debajo de la capa más revolucionaria hay un subsuelo, y los más osados se detienen perplejos cuando sienten bajo sus piés el movimiento que ellos produjeron antes sobre los de arriba. Saber discernir el movimiento que nace de la codicia del que proviene de los principios, combatir el uno y secundar el otro, constituye el génio y la virtud de los grandes revolucionarios.

Danton vió ceder á Marat y dijo:

—No está aquí de más el ciudadano Cimourdain.

Le tendió la mano y añadió:

—Expliquémosle la situacion, ya que llega oportunamente. Yo represento la Montaña; Robespierre representa la Comision de Salvacion pública; Marat representa al Municipio; Cimourdain representa al Obispado. Cimourdain nos desempatará.

—Bien, contestó Cimourdain con aire grave y sencillo. De qué se trata?

—De la Vendée, respondió Robespierre.

—La Vendée! exclamó Cimourdain, añadiendo: Es nuestra gran amenaza. Si la Revolucion muere, es porque la matará la Vendée, que es más temible que diez Alemanias. Para que la Francia viva es necesario que la Vendée muera.

Estas palabras le hicieron simpatizar con Robespierre, el que le preguntó, sin embargo:

—Habeis sido clérigo?

Su aire clerical no se escapaba á la penetracion de Robespierre.

—Sí, ciudadano, le respondió Cimourdain.

—Eso qué importa? exclamó Danton; los sacerdotes buenos valen más que los otros hombres, y en tiempos de revolucion los clérigos se funden en ciudadanos, como las campanas en moneda y en cañones. Danjou es eclesiástico y Danou tambien; Tomás Lindet es obispo de Evreux, y vos, Robespierre, os sentais en la Convencion codeándoos con Massieu, obispo de Beauvais. El vicario general Vaugeois pertenecia al comité de insurreccion del 10 de Agosto. Chabot es capuchino; el cura Gerle tomó el juramento del Juego de Pelota; el presbítero Andran hizo declarar la Asamblea nacional superior al rey; el padre Goutte pidió á la Asamblea legislativa que se quitase el dosel de encima del sillón de Luis XVI, y el abate Gregoire fué el que promovió la abolicion de la monarquía...

—Apoyado por el histrion Collot-d'Herbois, dijo Marat sonriendo. Entre los dos hicieron una gran obra; el sacerdote derribó el trono y el comediante derribó al rey.

—Volvamos á ocuparnos de la Vendée, repuso Robespierre.

—Pues bien, qué sucede en la Vendée? preguntó Cimourdain.

—Que tiene jefe y que vá á ser temible.

—Quién es ese jefe?

—El ex-marqués de Lantenac, que se titula príncipe breton.

—Le conozco, dijo Cimourdain extremeciéndose ligeramente; fuí sacerdote de su casa... Era mujeriego antes de ser hombre de guerra.

—Como Biron, que fué antes Lauzun, respondió Danton.

Cimourdain, pensativo, añadió:

—Ese antiguo calavera debe ser terrible.

—Espantoso, repuso Robespierre. Que-

ma las aldeas, asesina á los heridos, mata á los prisioneros y fusila á las mujeres.

—A las mujeres!

—Sí; entre otras fusiló á una madre de tres hijos pequeños, cuyo paradero se ignora. A pesar de esto, es un capitán que conoce el arte de la guerra.

—Así es, replicó Cimourdain. Hizo la guerra de Hannover, y los soldados decian: "Es Richelieu por encima y Lantenac por debajo". Vuestro colega Dusaulex podrá daros informes.

Robespierre quedó un momento pensativo, y despues reanudó el diálogo con Cimourdain.

—Pues bien, ciudadano, ese hombre está en la Vendée.

—Desde cuándo?

—Desde hace tres semanas.

—Es preciso ponerle fuera de la ley.

—Ya lo está.

—Es indispensable poner su cabeza á precio.

—Tambien está.

—Es necesario ofrecer mucho dinero al que le prenda.

—Se ha ofrecido.

—Pero no en asignados.

—Se ha ofrecido oro.

—Es preciso guillotinarle.

—Eso se ha de hacer todavía.

—Quién lo hará?

—Vos.

—Yo!

—Sí; os nombraremos delegado de la Comision de Salvacion pública con amplios poderes.

—Acepto, contestó Cimourdain.

Robespierre era rápido en sus elecciones; tenia esta cualidad de hombre de Estado. De entre el legajo de papeles sacó un pliego en blanco, en el que estaba escrito este membrete: REPÚBLICA FRANCESA, UNA É INDIVISIBLE; COMISION DE SALVACION PÚBLICA.

—Sí, acepto, dijo insistiendo Cimourdain. Terrible contra terrible. Lantenac es feroz; yo tambien lo seré. Guerra á muerte á ese hombre; ¡libraré de él á la República si Dios quiere! ¿Seré delegado cerca de quién?

—Cerca del comandante de la columna expedicionaria enviada contra Lantenac. Os prevengo que es noble dicho comandante.

—De eso me burlo yo! exclamó Danton. Eso nada importa. Lo que digo del clérigo digo del noble; cuando es bueno es excelente. La nobleza es una preocupacion, pero el hombre no debe tener

preocupacion en ningun sentido, ni en pró ni en contra. ¿Acaso no es noble Saint-Just? Anacarsis Cloots es baron; nuestro amigo Carlos Hesse, que no perdona una sesion de los Franciscanos, es príncipe y hermano del langrave reinante de Hesse-Rothemburgo, Montant; el íntimo de Marat es marqués.

—Os olvidais, añadió Robespierre, del presidente del Jurado revolucionario, Antonelle.

—Que es marqués de Antonelle, contestó Danton, prosiguiendo: Dampierre, que se hizo matar por la República en Condé, era noble, y también lo era Beau-repaire, que se suicidó por no abrir á los prusianos las puertas de Verdun.

—Lo que no se opone, exclamó Marat, á que el día que Condorcet dijo: *Los Gracos eran nobles*, Danton contestase á Condorcet: *Todos los nobles son traidores, empezando por Mirabeau y acabando por tí.*

La voz grave de Cimourdain dominó á la de Marat, diciendo:

—Ciudadano Danton, ciudadano Robespierre, haceis bien en confiar, pero el pueblo desconfía y tiene también razon para abrigar desconfianza: cuando á un clérigo se le encarga que vigile á un noble, es doble su responsabilidad, y este clérigo debe ser inflexible.

—Ciertamente, contestó Robespierre.

—E inexorable, añadió Cimourdain.

—Muy bien dicho, ciudadano Cimourdain. Teneis que tratar con un jóven sobre el que ejerceréis ascendiente, porque le doblais la edad. Es preciso dirigirle, pero guardándole consideraciones, porque posee talento militar, como testifican los informes que están unánimes sobre esto. Forma parte de un cuerpo destacado del ejército del Rin para ir á la Vendée. Vino de la frontera, en donde mostró admirable inteligencia y gran valor. Conduce superiormente la columna expedicionaria, y desde hace quince días tiene en jaque al viejo marqués de Lantenac. Creo que acabará por hacerle retroceder hasta el mar y lanzarle en él. Lantenac posee la astucia del general viejo y él la audacia del capitán jóven. Se ha creado ya enemigos y envidiosos: uno de estos es el ayudante general Lechelle, que quiere ser él el que derrote á Lantenac. La desdicha de la guerra de la Vendée consiste en esas rivalidades. Nuestros soldados son héroes mal conducidos. Chambon, siempre capitán de húsares, entra en Saumur con un trompeta tocando el *Ça irá*, y toma á Saumur; podría avanzar y apoderarse de

Cholet, pero como no tiene órden para ello, no lo efectúa. Es preciso remover á todos los comandantes de la Vendée. Se desparraman los destacamentos, se dispersan las fuerzas, y el ejército disperso es un ejército paralizado; es un terron que se convierte en polvo. Solo hay ya tiendas en el campamento de Paramé.

Tenemos entre Tregnier y Dinan cien puestos militares, pequeños é inútiles, con los que podría formarse una division que cubriese todo el litoral. Lechelle, apoyado por Pallein, desguarnea la costa del Norte, so pretexto de proteger la costa del Sur, y abre así á los ingleses las puertas de Francia. El plan de Lantenac consiste en la sublevacion de medio millon de paisanos y en el desembarque de tropas inglesas en nuestro país. El jóven comandante de la columna expedicionaria estrecha cada vez más á Lantenac y quiere derrotarle sin permiso de Lechelle; pero Lechelle es su jefe y le denuncia. Los informes son contradictorios acerca de ese jóven. Lechelle pide que se le fusile, y Prieur del Marne propone que se le ascienda á ayudante general.

—Parece que ese comandante posea grandes cualidades, dijo Cimourdain.

—Tiene un defecto.

Esta interrupcion fué de Marat.

—Qué defecto?

—La clemencia, contestó Marat, y prosiguió: Es firme en el combate, pero despues no. Concede indultos, perdona, es misericordioso, protege á las beatas y á las monjas, salva á las mujeres y á las hijas de los aristócratas, dá libertad á los prisioneros y á los curas.

—Grave falta, replicó Cimourdain.

—No es falta, es crimen, repuso Marat.

—Algunas veces, objetó Danton.

—Muchas, replicó Robespierre.

—Casi siempre, insistió Marat.

—Cuando se trata de los enemigos de la patria, siempre, dijo Cimourdain.

Volviéndose Marat hácia éste, le preguntó:

—¿Qué harías tú, Cimourdain, con un jefe republicano que pusiera en libertad á un jefe realista?

—Sería de la opinion de Lechelle; le haría fusilar.

—O guillotinar, dijo Marat.

—A eleccion suya, contestó Cimourdain.

—Lo mismo dá una cosa que otra, exclamó Danton riendo.

—De modo que si un jefe republicano tropezase, le harías cortar la cabeza?

—En el término de veinticuatro horas.

—Pues bien, repuso Marat, soy del parecer de Robespierre; debemos enviar al ciudadano Cimourdain como comisario delegado del Comité de Salvacion pública cerca del comandante de la columna expedicionaria del ejército de las Costas. Cómo se llama ese comandante?

—Es un ex-noble, respondió Robespierre, y se puso á hojear el legajo de papeles.

—Hagamos, pues, que el ex-cura vigile al ex-noble, repuso Danton. Desconfío de ambos cuando están solos, pero cuando están juntos no les temo, porque se espian recíprocamente y van rectos ambos.

Al oír estas palabras se aumentó el fruncimiento natural de las cejas de Cimourdain, lo que probaba su indignacion; pero encontrando la observacion anterior justa en el fondo, sin volverse hácia Danton, dijo:

—Si el comandante republicano que estoy encargado de vigilar dá un mal paso, sufrirá la pena de muerte.

Robespierre terminó de examinar los papeles y tomó la palabra:

—Aquí teneis su nombre, ciudadano Cimourdain; dicho comandante es un ex-vizconde y se llama Gauvain.

Cimourdain palideció.

—Gauvain! exclamó.

A Marat le llamó la atencion la palidez de Cimourdain.

—El vizconde Gauvain! repitió éste.

—Sí, contestó Robespierre.

—Y qué? le preguntó Marat.

Hubo un momento de silencio.

—¿Aceptais la mision de comisario delegado cerca del comandante Gauvain, con las condiciones que vos mismo indicásteis? le interrogó Marat.

—La acepto, respondió Cimourdain, cuya palidez se aumentaba por grados.

Robespierre tomó la pluma que estaba inmediata á él y escribió con su letra tarda y correcta cuatro líneas en la hoja de papel marcada con el membrete *Comision de Salvacion pública*; firmó y pasó la hoja y la pluma á Danton, y Marat, que no apartaba la mirada de la faz lívida de Cimourdain, firmó el último.

Robespierre recogió el papel, le puso la fecha y se lo entregó á Cimourdain, que leyó lo que sigue:

“AÑO II DE LA REPÚBLICA.

„Se conceden plenos poderes al ciudadano Cimourdain, comisario delegado de la Comision de Salvacion pública, cerca

del ciudadano Gauvain, comandante de la columna expedicionaria del ejército de las Costas.

„ROBESPIERRE.—DANTON.—MARAT.,
Y debajo de las firmas: “28 de Junio de 1793.”

El calendario revolucionario, llamado calendario civil, no existia aun legalmente en aquella época; la Convencion lo aceptó, aprobando la proposicion de Romme el 5 de Octubre de 1793.

Mientras Cimourdain leía, Marat le miraba, diciendo éste entre dientes, como hablando consigo mismo:

—Será necesario que precise todo eso un decreto de la Convencion ó una órden de la Comision de Salvacion pública. Queda aun algo por hacer.

—Ciudadano Cimourdain, ¿dónde vivís? le preguntó Robespierre.

—En la plaza del Comercio.

—Pues yo también, contestó Danton; sois vecino mio.

Robespierre añadió:

—No hay un momento que perder. Mañana recibireis vuestro nombramiento en regla, firmado por todos los individuos de la Comision de Salvacion pública; esta hoja es una confirmacion de la comision que os acreditará especialmente á los ojos de los representantes en mision, Philippeaux, Prieur de la Marne, Lecomte, Alguier y los demás. Como os conocemos, os damos poderes ilimitados. Teneis facultades para ascender á general á Gauvain ó para enviarle al patíbulo. Mañana á las tres recibireis el nombramiento. Cuándo saldreis de Paris?

—A las cuatro, contestó Cimourdain.

Diciendo esto se separaron.

Marat, al entrar en su casa, previno á Simona Evrard que al día siguiente iria á la Convencion.

LIBRO TERCERO

La Convencion.

I.

La Convencion.

II.

Nos acercamos á la gran cumbre, á la Convencion.

La mirada se queda fija en presencia de esa cúspide; nunca se presentó nada tan alto en el horizonte de la humanidad.